
El Salvador: una revolución en marcha

Notas para la contribución del análisis

Juan José González

La situación centroamericana hunde sus raíces en la crisis generalizada del sistema capitalista, de quien recibe sus influjos. Para buscar entonces las raíces de la crisis regional se debe precisar la crisis imperialista en sus diversas vertientes y, correlativamente, la crisis de un modelo de acumulación de capital esencialmente agroexportador en Centroamérica. Esto nos plantea la necesidad de precisar la formación de los estados-nación de la región y su integración al mercado mundial capitalista. Avanzar en este último punto es fundamental para abrir mejores perspectivas de comprensión de lo que sucede en estos países y demostrar la validez de la alternativa propuesta por la Dirección Revolucionaria Unificada —DRU— para el caso salvadoreño.

En efecto, si consideramos a las economías agroexportadoras centroamericanas en sí mismas, el dominio del modo de producción capitalista aparece difuso. Este método, incorrecto, nos llevaría, como llevó a la izquierda durante décadas, a considerar que el capitalismo no es el dominante en esos países. A partir de esto, las definiciones estratégicas y tácticas van a partir de premisas falsas y de ello se han desprendido las grandes derrotas para el movimiento obrero y campesino y a su vez, las victorias

Tenemos que partir del origen de estas economías en tanto sus relaciones con el mercado capitalista, esto es, en tanto, se insertan en la lógica del capitalismo mundial. Como plantea Salama; “es esta inserción, la que confiere a los Estados de las economías exportadoras, su naturaleza capitalista ya desde la segunda mitad del siglo XIX”.¹ En efec-

¹ Salama, Pierre. “El imperialismo y la articulación de los Estados-Nación en América Latina”. *Críticas de la Economía Política* No. 2 El Caballito, México.

to, en el último tercio del siglo pasado el café sustituye al añil en tanto producto básico de la economía salvadoreña. Este hecho histórico, que significó sangre y despojo para los indígenas y campesinos, conformó el carácter burgués del país con la transformación estructural de la sociedad en función de las necesidades del mercado mundial del producto; la difusión de las relaciones capitalistas a través de la infraestructura necesaria para la exportación, como ferrocarriles, electricidad, surgimiento de ciudades, desarrollo del transporte, puertos, servicios, etc. En este proceso, el conjunto de la sociedad es dominada por la lógica del sistema capitalista. Finalmente, "el modo de producción capitalista es dominante, no tanto porque corresponde a una generalización de la producción mercantil, sino porque somete, sin eliminarlos, a los otros modos de producción".² Bajo este punto de vista se hace necesario analizar, p.e. las relaciones sociales en el campo y, en general, la cuestión agraria salvadoreña.

La acción de instauración y dominación del modo de producción capitalista en la agricultura, si bien no elimina las formas no capitalistas sobre las cuales se edifica, las transforma sustancialmente de tal manera que se adecúan a las necesidades históricas de la nueva forma de producir. Es así como todas las formas históricas de propiedad de la tierra que preceden al Modo de Producción Capitalista (MPC) constituyen un obstáculo a su hegemonía. Es preciso su transformación-adecuación a las necesidades del MPC.

¿En qué consiste esa transformación-adecuación de las formas precapitalistas de

la propiedad de la tierra? Concretamente en la eliminación de todos los aspectos propios de esas formas que constituyen obstáculo a la instauración del MPC, como lo son, principalmente, las relaciones de dominación y de servidumbre a ellas ligadas.³

Este proceso, que se inicia masivamente en El Salvador desde la emisión de las leyes de extinción de ejidos y tierras comunales en 1880-81, ya para 1932, evidentemente, había culminado, y es precisamente por ello que los efectos de la crisis mundial de 1929-33 son tan profundos para la economía y la sociedad salvadoreña. No se trata por tanto de considerar el dominio de los hacendados y sus propias haciendas, como excrecencias feudales, sino como el resultado de las necesidades históricas del modo de producción capitalista. En lo referente a la dominación, es cierto que se presenta un punto de ruptura de trascendental importancia que más adelante analizaremos.

Esta ampliación de las consecuencias de la inserción al sistema capitalista nos muestra que, la naturaleza capitalista del Estado está determinada por las relaciones económicas—desde un principio—establecidas por las economías periféricas con los estados centrales, aunque la difusión de esa naturaleza capitalista sea lenta y aparezca difusa en formas aparentemente precapitalistas. Pero esto es justamente lo que sucede en El Salvador a través del imperio del café.

En ese sentido, aunque el aparato de estado se encuentre dominado por los hacendados cafetaleros y no por la burguesía industrial, no suprime la na-

² Salama, Pierre. *op. cit.*, pág. 99.

³ Moncayo, Víctor Manuel. "¿Es capitalista la renta de la tierra"? *Críticas de la Economía Política No. 5* El Caballito, México.

turalista capitalista del Estado. Ahora bien, el sesgo del que hablábamos anteriormente para el caso salvadoreño, lo podemos precisar a través de una comparación general con algunos países de América Latina. En efecto, México, Argentina, Brasil, fueron países cuyo Estado aunque controlado por hacendados y sectores medios liberales, contribuyó al desarrollo de una burguesía industrial que posteriormente va a acceder al aparato estatal, refuncionalizándolo a favor de una acumulación de capital que, bajo ciertas condiciones —crisis y guerras—, logra interiorizar la dinámica de la acumulación.

Sin embargo, aunque en El Salvador las crisis y guerras tienen profundas consecuencias para el país, se avanza en el proceso descrito anteriormente de una forma en extremo limitada. Si bien la difusión de las relaciones capitalistas se produce, estas no generan un sector industrial independiente al de los grandes hacendados. La difusión de estas relaciones siempre va a estar sobredeterminada por las necesidades específicas de la producción cafetalera y controladas fundamentalmente por los propios hacendados.⁴ Este atrofiamiento de un proceso de por sí lento marcará, seguramente hasta el final, al Estado y a la sociedad salvadoreña. En este sentido es en extremo rico el análisis hecho por el Partido de la Revolución Salvadoreña (PRS) sobre la renta diferencial del café en El Salvador, las consecuencias de ella y sobre todo también, porque precisa las bases para la definición del carácter de la revolución, lo mismo que la estrategia para lograr la victoria.

Bajo estas condiciones es que los hacendados

⁴ Partido de la Revolución Salvadoreña, PRS, *El Salvador, Una Perspectiva Revolucionaria*. Nueva Estrella, México.

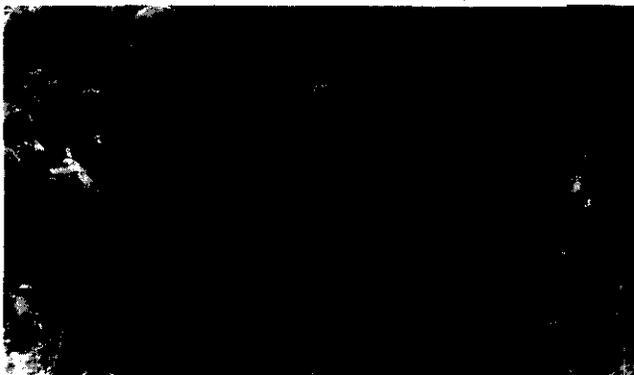
se van transformando en financieros e industriales a la vez, conservando el control pleno del Estado y limitando el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque por supuesto con las limitaciones que le impone un sistema cuyo eje no está en el interior, sino fuera del país.

La no comprensión de este proceso llevó a la izquierda tradicional a ubicar la contradicción fundamental de la sociedad salvadoreña, no entre el capital y el trabajo, sino entre los hacendados “feudales” y una supuesta burguesía industrial deseosa de acceder al aparato de Estado, haciendo la “revolución democrático-burguesa”, todo lo cual establece como eje central de su actividad política, la lucha por “desmantelar el Estado oligárquico”. Esto, se mantiene hasta apenas hace un año, cuando el Partido Comunista de El Salvador participa en la primera junta de gobierno, la que derrocó a Carlos Humberto Romero.

Todo lo anterior se puede explicar en los siguientes puntos:

1. La burguesía industrial jamás accedió al aparato de Estado, lo cual no suprime el carácter capitalista de este.

2. El desarrollo de las fuerzas productivas y también del aparato estatal, siempre estuvieron en función de un modelo económico agroexportador, controlado por una clase esencialmente parasitaria la oligarquía que utilizó como sosten a la renta diferencial. Esto tampoco contradice el predominio del modo de producción capitalista, que inclusive, por su propio desarrollo contradictorio, no abre espacios para el surgimiento de sectores industriales relativamente independientes del sector hegemónico. De hecho esto último ha sucedido en los últimos 20 años de una manera bastante interna, sin llegar a transformar al conjunto de la formación económi-



co-social salvadoreña. El viejo grupo de oligarcas, controla, por ejemplo el crédito a la industria, a través del mismo Estado.

3. En estas condiciones, el Estado sólo ha tenido momentos de relativa autonomía frente al capital. Uno de esos momentos se presenta por la irrupción de las masas campesinas proletarizadas en la historia moderna del país, en 1932. Esto obliga a que la oligarquía abandone el control directo del Estado pero para transferirlo al que desde esa época se va a transformar en su verdadero partido político: el Ejército. Este desplazamiento abre un periodo de modernización y refuncionamiento del Estado, muy limitado pero de gran trascendencia en cuanto incorporación parcial de los intereses de sectores modernizantes a la órbita de lo defendible y a preservar por un órgano que no podía seguir funcionando únicamente en relación con los intereses parciales de la oligarquía. Esto abre, a su vez, nuevas luchas y pugnas que se van sucediendo y cuyos momentos estelares se presentan en 1944 con la caída del General Maximiliano Hernández Martínez; en 1960-61 con la junta cívico-militar; en 1976 con la pugna Molina-Oligarquía ante el Proyecto de Transformación Agraria y finalmente en 1979 con el derrocamiento de Romero. En todos estos momentos no sólo interviene de una u otra manera el movimiento de masas, sino que siempre, al final, la vieja clase dominante ha podido recuperar para su control al aparato de Estado. Esta fuerza se debe a su indiscutible hegemonía económica que a través de miles de hilos controla al conjunto de la sociedad.

4. Todos estos hechos se encuadran dentro de los procesos de transformaciones económicas que han cruzado a los países atrasados; sin embargo, es importante señalar la extraordinaria capacidad del grupo dominante para asumir y abrir espacios para

esas transformaciones conservando a toda costa no sólo su dominio, sino las tradicionales reglas rígidas del sector agrario, y manteniendo a éste como fuente central de poder. El hecho de que El Salvador sea el único país de Centroamérica donde jamás se emitió e implementó —aunque fuera mínimamente— una ley de reforma agraria, es demasiado significativo, y manifiesta lo que es el Talón de Aquiles de la clase dominante salvadoreña: la cuestión agraria.

5. En estas condiciones, las contradicciones sociales han madurado no entre la burguesía industrial modernizante y la oligarquía, sino entre el proletariado, campesinado pobre, jornaleros agrícolas y sectores medios pobres frente a los primeros, en su conjunto, como clase dominante. En este sentido, los intentos iniciales —con la primera junta— por centrar las contradicciones entre la oligarquía y la burguesía y sus políticos liberales, estaban de antemano condenados al fracaso; no porque no existan contradicciones entre esos sectores de la clase dominante, sino porque cuando afloraron, fue por el accionar del movimiento de masas que irrumpió en la escena después de un largo proceso de consolidación de una tesis política central: no era posible resolver los problemas de la población pobre sin derrocar el poder del capital y del Estado. Este planteamiento que se masificó, que fue asumido por el pueblo trabajador, es producto del arduo trabajo y lucha de las organizaciones populares, que se legitimaron ante las masas como la única alternativa a la situación reinante. En ese sentido, podemos afirmar que estamos nuevamente ante el hecho histórico de que los pobres le ganan la partida a los políticos liberales, los desbordan y asumen una política propia. Es indudable que las organizaciones populares y las masas están ya al margen, o dejaron al margen, proyectos cuyos gestores agota-

ron su tiempo histórico para plantearlos y legitimarlos en la sociedad civil.

6. Finalmente, estas constantes en la historia del país, le confieren —especialmente la renta diferencial del café— una relativa autonomía a la clase dominante salvadoreña frente al imperialismo, pero a su vez son fuente de profundas debilidades. En efecto, las ganancias extraordinarias provenientes del café si bien establecen esa relativa autonomía, a su vez configura una economía extremadamente sensible, puesto que depende finalmente de una relación susceptible a las modificaciones internacionales de los precios del producto. Una crisis interna o externa puede quebrantar rápida y profundamente todo el andamio social y económico, estableciendo situaciones casi sin salida para la clase dominante, fundamentalmente cuando —como hoy— estas debilidades son aprovechadas al máximo por el movimiento revolucionario. 1932 es una prueba fehaciente de ello y si en esa ocasión la crisis vino centralmente del exterior, hoy se combina en cuanto proviene al mismo tiempo del interior y del exterior, con el agravante más serio de que en esta ocasión sí existe una dirección suficientemente capaz de matar la gallina de los huevos de oro de la clase dominante. Por ello no es de extrañar las medidas de sabotaje hacia ese renglón de la economía implementadas desde hace algún tiempo por las organizaciones revolucionarias salvadoreñas.

El Salvador: una revolución en marcha

El triunfo de la revolución nicaragüense y el proceso revolucionario salvadoreño, constituyen un parteaguas histórico que determina un nuevo periodo para la revolución en América Latina.

El proceso revolucionario centroamericano,

expresado en Nicaragua victoriosa, El Salvador, Guatemala y seguramente, más pronto que tarde, Honduras y Costa Rica en la misma lucha, se enfrenta al imperialismo en una correlación de fuerzas más favorable a nivel internacional que la de la revolución cubana. En los años sesenta, el *boom* económico estaba en pleno auge, mientras que hoy, la economía mundial se encuentra en una profunda crisis y no son pocas las derrotas políticas que ha sufrido el imperialismo.

Si la década de los años sesenta fue la década de la revolución cubana, que lanzó a la palestra de la historia a un nueva generación de revolucionarios; la década de los setenta fue la década de maduración, especialmente en Centroamérica, de las condiciones propias para el estallido de profundas convulsiones sociales; de revoluciones que establecen posibilidades reales al proletariado y a sus aliados de tomar en sus manos las riendas de su propio destino. Ha sido también una década de maduración de una vanguardia que ha podido aprender de los errores y equívocas concepciones que imperaron durante decenas de años en la izquierda y en el movimiento obrero. Esto ha permitido avanzar en el cierre de falsos debates. En El Salvador se está superando, desde mediados de la década pasada, aquella concepción que imperó en la izquierda revolucionaria de separar al partido de las masas; se supera también la supuesta contradicción entre la violencia revolucionaria y el movimiento de masas y, sobre todo, se rompe el mito de que es posible por medios pacíficos y con cambios graduales, arribar al poder para destruir desde dentro al Estado burgués. La necesidad de la violencia revolucionaria ha estado más que evidenciada, como la única vía de acceso al poder para los trabajadores.

El proceso revolucionario salvadoreño nos está

diciendo, de acuerdo a Rosa Luxemburgo, “ningún esquema preestablecido, válido de una vez para siempre, ninguna guía infalible le muestra (al proletariado) el camino que debe recorrer. La experiencia histórica es su única maestra. La vía espinada de su autoliberación no está sólo empedrada de infinitos sufrimientos, sino también de innumerables errores. La meta de su viaje, su emancipación, depende del problema de si el proletariado es capaz de aprender de sus propios errores”.⁵

Indiscutiblemente, el proletariado salvadoreño ha aprendido no sólo de sus propios errores, sino de los de sus hermanos latinoamericanos de Chile, Argentina, Uruguay, etc.

Condiciones de la crisis

La presente coyuntura es la manifestación más aguda de la crisis económica y política que se inició a fines de la década de los sesenta y que se expresó en el resquebrajamiento del Mercado Común Centroamericano (MCCA).

La crisis de este mercado afecta de una manera muy profunda a la economía y condiciones políticas salvadoreñas, por las características específicas de la integración de este país al MCCA, en tanto su relación privilegiada con el mercado hondureño, la presencia en ese país de aproximadamente 300 mil salvadoreños y la utilización preferencial de la carretera panamericana para la comercialización de mercancías con los demás países de la región. Las pretensiones de la oligarquía y burguesía salvadoreñas por controlar totalmente el mercado de Hon-

⁵ Folletos Bandera Socialista No. 76. Perspectivas de la Revolución Latinoamericana. Tomada la cita de la introducción de Manuel Aguilar Mora.

duras se manifiesta de manera casi brutal desde 1965 en el intento del Presidente Julio Adalberto Rivera (1962-67) de derribar al General Oswaldo López Arrellano, gobernante hondureño, a través de un golpe de Estado promovido por las fuerzas militares salvadoreñas —que inclusive contó con la presencia de tropa salvadoreña en territorio de Honduras—, lo cual marca el inicio de la profundización de la crisis El Salvador-Honduras que desemboca en la llamada “guerra del fútbol” en 1969.

El MCCA generó un cierto impulso económico regional, pero rápidamente se enfrentó a límites insuperables, como la propia estrechez del mercado, puesto que incluyó realmente a una pequeñísima porción de población de cada país. El libre juego del mercado enfrentó rápidamente a las burguesías, una de cuyas consecuencias es la propia guerra “fútbolera”; pero sobre todo, al crearse un sector exportador de bienes manufacturados, se asentó sobre la base de una total dependencia del exterior, especialmente de los Estados Unidos. De todas maneras la industrialización siguió dependiendo de la agroexportación, no tan sólo en lo que se refiere a la capacidad de importación de maquinaria y materias primas, sino también en lo que se refiere a la venta de la producción, en tanto que los mercados a los cuales va dirigida la producción manufacturera (misma Centroamérica), a su vez, depende de las exportaciones agrícolas. En este sentido se generan contradicciones insuperables en la economía de la región.

En estas condiciones, la guerra con Honduras, para El Salvador significa un verdadero golpe mortal: todos los privilegios económicos que gozaba la industria salvadoreña en Honduras se derrumban en un sólo acto. La crisis comienza a presentarse por todos los poros de la sociedad: disminución de los

ritmos en la producción, quiebre de empresas, pérdida de capacidad competitiva en otros mercados, por el incremento de los fletes; desempleo masivo; luchas sindicales y, en el campo, la movilización por tierras con una característica importante: los campesinos expulsados de Honduras traen importantes experiencias de lucha sindical y política, muchos de ellos eran pequeños propietarios y habían tenido importantes relaciones con obreros sindicalistas que en Honduras habían regresado al campo después de importantes luchas contra la patronal y el Estado. Toda esta experiencia acumulada se va a mostrar rápidamente en El Salvador. Se conforma pues, no sólo una seria crisis económica, sino política.

El Salvador entra a los setentas signado por la quiebra de la expansión económica, por un fuerte ascenso del movimiento de masas y por la germinación de una izquierda revolucionaria desde el seno mismo de este movimiento de masas. Esta izquierda comienza a canalizar, lentamente es cierto, el descontento popular.

Los efectos de la guerra se sienten rápidamente, especialmente en el campo. Ante esta situación la Asamblea Legislativa convoca a un Congreso Nacional de Reforma Agraria en los inicios de 1970. Este Congreso fracasa rápidamente. La Oligarquía se niega a cualquier transformación y su partido político, el Ejército, tiene que tomar, bajo el marco de la tan conocida política de la Seguridad Nacional, definiciones de proyectos modernizantes. Así surge la llamada Transformación Nacional que trata de plantear algunas reformas con intervención del Estado en la economía, al mismo tiempo que profundiza la represión contra el movimiento de masas.

El 1 de julio de 1972, al asumir la presidencia el dictador Molina, plantea de manera clara las ca-

racterísticas de su política modernizante y anticomunista, “democrática”: “No podemos cerrar los ojos ante el hecho irrefutable de que en este campo (agrario) es en donde se librará la lucha por la supervivencia de los ideales de la libertad, de la libre empresa, de los derechos individuales, es decir, del sistema democrático y de las bases institucionales del país en donde hemos nacido. Si no empleamos acertadamente y con decisión las armas del desarrollo económico y de la justicia social, nuestra patria puede correr la suerte trágica de los pueblos que han sido esclavizados por la dictadura comunista, con la pérdida de los sagrados valores que constituyen la nacionalidad y dignidad del hombre. El futuro de la democracia en el país reside, definitivamente, en lo que podamos hacer para elevar a las clases más necesitadas, que constituyen más del sesenta por ciento de la población”. Un año después se realizó el Seminario Nacional de Reforma Agraria para oficiales de la Fuerza Armada. Sin embargo, estos proyectos de reformas son paralizados por la grave crisis económica que resiente el país, el cual requiere más de divisas que de bienes de consumo interno; al menos esas eran las necesidades, claro está, de la clase dominante.

Por otra parte, el proceso de ruptura de las masas con las concepciones electoralistas y legalistas de los partidos burgueses de oposición, como el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y obreros reformistas, como la Unión Democrática Nacionalista (UDN), ha comenzado a producirse, no sólo, por el fraude electoral y la masacre de febrero de 1972, sino por la respuesta-huída que la Unión Nacional Opositora (UNO, organismo que aglutina a las tres anteriores organizaciones) da ante estos hechos, dejando a las masas a la deriva. En estas condicio-

nes, previendo un viraje de las masas hacia la izquierda, se profundiza el modelo de “desarrollo con seguridad nacional” por parte del régimen. Se establecen las zonas francas con grandes prerrogativas fiscales e incentivos económicos, además de la mano de obra abundante y barata (industrialización llamada por muchos, ficticia) combinando esto con una escalada represiva. El 1 de julio de 1974 Molina vuelve a plantear: “sin seguridad no puede haber desarrollo y sin desarrollo resulta difícil para los países procurarse el instrumento necesario para crearse una atmósfera de seguridad: seguridad y desarrollo son, pues, conceptos estrechamente relacionados”.

1974-75 son años de recrudescimiento de la represión al tiempo que el 26 de julio de 1975 se aprueba la creación del ISTA (Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria), las palabras reforma agraria son “comunismo puro” para la oligarquía salvadoreña, y el 29 de junio de 1976 se decreta el primer Proyecto de Transformación Agraria que comprendía 58,744 manzanas para su aplicación; limitación de 3 a 35 manzanas como mínimo y máximo para la tenencia y otras disposiciones. La respuesta contundente de la oligarquía contra este proyecto abrió profundas fisuras entre los diferentes sectores de la clase dominante y de hecho, todo el proyecto de modernización capitalista planteado por Molina fue enterrado con el enfrentamiento Presidente-oligarquía. En estas condiciones, a Carlos Humberto Romero sólo le heredan un país sumido en la peor de sus crisis desde 1932.

Romero, engendro de la vieja oligarquía, encuentra como única salida a la crisis, descargarla sobre los hombros de los trabajadores y barrer a balazos toda oposición.



El movimiento de masas

En este marco de profundización de la crisis de la sociedad salvadoreña, el movimiento de masas en su aspecto fundamental se presenta en oposición al régimen, siendo canalizado electoralmente por la UNO. La guerrilla apenas tenía una mínima audiencia. La campaña electoral de 1971-72 se polariza entre el Partido de Conciliación Nacional (PCN) y la UNO que termina con el triunfo de la oposición y el ascenso al poder del perdedor, el Coronel Arturo Armando Molina, candidato oficial. Los viejos métodos fraudulentos se emplean sin mucha habilidad, esta vez respaldados por ORDEN, Organización Democrática Nacionalista, creada en 1967 con una base social especialmente campesina para la política anticomunista del régimen y como un intento organizativo claramente fascista. Esta organización derivó rápidamente en una banda paramilitar, de asesinos y soplones, pero sin capacidad de constituirse realmente en un movimiento de masas suficiente para un proyecto clásicamente fascista. Finalmente, de la misma manera como la democracia burguesa está vedada para los países atrasados, también lo está el fascismo.

Los mecanismos electorales se desnaturalizan, perdiendo su legitimidad ante la sociedad civil, cuyos sectores movilizados comienzan a buscar y optar por otros medios extralegales como manifestaciones, huelgas, paros, toma de rehenes, de iglesias, etc., para poder presionar hacia la solución de sus demandas más sentidas. Bajo esta nueva dinámica van surgiendo de las propias organizaciones guerrilleras los frentes de masas que rápidamente encuentran una inmensa franja de trabajadores del campo y la ciudad, de estudiantes, maestros y pobladores de tugurios, lista para ser dirigida y canalizada bajo

una alternativa revolucionaria. Claro está que este proceso de conformación del movimiento de masas no es simple, pero una cosa es totalmente cierta: las contradicciones sociales habían madurado extraordinariamente rápido, aún sin la participación del elemento partidario en la formación de la conciencia de los trabajadores. Por ello el movimiento popular tiene dentro de sus características importantes, la espontaneidad, que en lo fundamental ha sido canalizada por las organizaciones revolucionarias bajo un marco programático claramente socialista, antioligárquico, anticapitalista y antimperialista.

El reverso de este proceso de giro de las masas, de la oposición legal, hacia el encuentro con las organizaciones partidarias revolucionarias, es la pérdida de base social de los partidos PDC, MNR y UDN otrora hegemónicos entre la población explotada. El encuentro masas-vanguardia revolucionaria, comienza a cristalizar con el surgimiento de los Frentes de Masas. En septiembre de 1974 surge el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), en julio de 1975 el Bloque Popular Revolucionario (BPR) y en 1978-79, las Ligas Populares 28 de febrero y el Movimiento de Liberación Popular, MLP. Todas estas organizaciones toman el modelo vietnamita de construcción de la vanguardia revolucionaria. En efecto, esta vanguardia se organiza en tanto Partido, Ejército Revolucionario y Frente de Masas. Esta característica va a pesar posteriormente en el proceso de unidad, en tanto que presenta muchas complicaciones y a su vez, va a marcar esa unidad, que hoy se expresa en la Dirección Revolucionaria Unificada y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Haciendo una extremada síntesis de las características de estas organizaciones, podemos afirmar que son claramente revolucionarias: en efecto, por

su programa socialista, por su composición de clase: obreros, campesinos, estudiantes, maestros, sectores marginados, en donde la hegemonía está establecida por la clase obrera, los jornaleros agrícolas y el campesinado pobre. Por su práctica política de confrontación con el Estado, el capital y el imperialismo y por su dirección, mayoritariamente obrera y campesina no sólo por sus orígenes de clase, sino ante todo por su conciencia revolucionaria y socialista, es que, siguiendo los cánones rigurosos de la posición leninista, se puede llegar a la conclusión arriba señalada.

Sin embargo, una caracterización no puede partir solamente de lo escrito. Es necesario ubicar los planteamientos programáticos en la dinámica global de la sociedad y de la lucha de clases, en las posibilidades reales del sistema para asimilar o no esos programas. En este contexto es que se hace necesario entender que los programas por reivindicaciones, por mejores condiciones de vida, por libertades democráticas y sindicales como la organización de los trabajadores del campo, en las condiciones del capitalismo y Estado en El Salvador, son imposibles de integrar al sistema puesto que tocan a las mayores debilidades del mismo. Esta es la lógica que se presenta en la lucha contra la primera junta. De hecho las organizaciones populares de una u otra manera retoman la plataforma de la Junta (que ellos habían sacado en gran medida del programa del Foro Popular) y confrontan a la Junta para que cumpla al pie de la letra sus supuestos objetivos. En esta confrontación se demostró plenamente el carácter de este gobierno, se descubrieron ante las masas los verdaderos objetivos del golpe. Este desnudamiento de la Junta ante la población fue lo que llevó al PCS a romper con la misma, e igualmente al MNR y al sector popular de la democracia cristiana.

Desde ese momento (fines de diciembre de 1979), el proceso tiende a cualificarse en dos polos: la junta, el imperialismo y la oligarquía, que con muchas reticencias hoy, en lo fundamental, ha comprendido que la Junta no busca la instauración del comunismo, sino la salvación del capitalismo y en consecuencia de ellos mismos y, por otra parte, el polo revolucionario, en el cual las dificultades no han sido pocas.

Para el campo revolucionario, ha sido mucho más difícil establecerse y consolidarse en tanto alternativa de poder, que lo que ha sido para la Junta. En efecto, con el golpe del 15 de octubre de 1979 se conformó un nuevo contexto internacional en el cual el imperialismo soltó toda su capacidad de negociación e intimidación contra los gobiernos, tanto aquellos que pudieran ver "con buenos ojos" un nuevo triunfo revolucionario en el área, como aquellos que temiendo este triunfo, estuvieran dispuestos a contribuir para la derrota de la revolución. Así, hasta ahora, Estados Unidos ha logrado neutralizar a un conjunto de gobiernos burgueses—incluido el gobierno mexicano-- los que mantienen una "actitud de espera" frente a la revolución; mientras avanza toda una política de intimidación e intervención en Cuba, en Nicaragua y en otros países con procesos revolucionarios en marcha como Granada y Santa Lucía. Finalmente el imperialismo, ha podido establecer un cerco contrarrevolucionario encabezado por Venezuela, Guatemala, Costarica, Puerto Rico y Honduras y una prueba suficiente de ello es la firma del tratado de paz entre el Gobierno hondureño y la Junta salvadoreña, cuyo objetivo es golpear a la retaguardia de la revolución impidiendo, a como de lugar, la utilización de los 15 kms de territorio que estaban en disputa entre los dos países, por parte de las fuerzas revolucionarias como fuente

de aprovisionamiento; pero además dicho tratado también legaliza una situación de hecho: la permanente agresión militar en contra de los refugiados de guerra y el patrullaje constante —el que se traduce en agresiones armadas en contra de la población y las fuerzas insurgentes— que el ejército hondureño realiza en la frontera; pero aun más allá el tratado de paz posibilita la intromisión de un "gobierno amigo" (de la junta por supuesto) en la contienda interna de El Salvador. Sin embargo, no podemos decir que este cerco sea irrompible y que la revolución pueda ser ahogada, más bien este panorama delinea, a nuestro juicio, lo que podría ser la estrategia de intervención imperialista en un primer momento; pero la propia dinámica de la revolución ha abierto espacios a nivel internacional que resquebrajarán el cerco imperialista y de hecho ya lo han empezado a hacer, aunque no sin un alto costo en vidas y político.

En efecto, el contexto internacional creado a partir del golpe de octubre, trajo como consecuencia al interior del movimiento revolucionario fricciones y discrepancias acerca de cómo enfrentar esta nueva situación; de éstas es pertinente destacar la propuesta del "Gobierno de Salvación Nacional" hecha por la RN-FAPU, en tanto atajo para la revolución y el que pretendía, a nuestro juicio, repetir la experiencia nicaragüense sin hacer un análisis diferenciado de ambos procesos. Así, este planteamiento surge ante las presiones del cerco imperialista y las debilidades del movimiento obrero internacional, incluidos los países del llamado campo socialista, para comprometerse a fondo con la revolución.

Sin embargo, y a pesar de esta propuesta, el polo revolucionario se mantiene bajo el proyecto del Gobierno Democrático Revolucionario, del cual

participa incluso la RN-FAPU durante todo el periodo de ascenso de el proceso revolucionario, el que alcanza su nivel más alto en la huelga general de junio. A partir de ahí se inicia una disminución del ascenso, el que llega a su punto más bajo en los inicios del mes de agosto. Lo anterior lleva a la RN-FAPU a cuestionar la alternativa que hasta el momento había imperado en el movimiento de masas. Esta situación encuentra su salida con el retiro de esta organización (RN) de la DRU pero en condiciones de un profundo vacío político para poder plantear su alternativa de Gobierno de Salvación Nacional. En efecto, Majano ha sido derrotado al interior de la Fuerza Armada, no existe en El Salvador ningún grupo de industriales en capacidad y disponibilidad de avanzar un proyecto como el planteado por la RN y a nivel internacional los polos se han definido en torno a la Junta y a la DRU.

Podemos afirmar que el retiro de la RN de la DRU es el punto más bajo al cual ha llegado el proceso revolucionario y que a partir de él, se ha iniciado el ascenso, lento, pero firme, que seguramente llevará al triunfo. En ese sentido, los más fuertes estertores de la sociedad que muere no se han dado, aún falta el camino más duro, más terrible, del parto del cual saldrá una nueva sociedad. El ascenso revolucionario se ha iniciado con variaciones trascendentales. La huelga del 13-14 y 15 de agosto así lo muestra. Esta huelga ha merecido análisis especiales, puesto que si bien en términos de la parálisis económica no fue lo que se esperaba al funcionar en lo fundamental las fábricas, servicios, etc., hubo un nuevo giro de las masas, éste fue hacia la integración de la población, por miles, a la milicia y a los Comités de Base y Populares. De hecho se pasó de la confrontación callejera de las masas a la confrontación militar de las masas con el aparato represivo.

Este hecho cualifica el proceso revolucionario, marcando el ascenso pero sobre otro terreno: la confrontación armada de las masas. Esta dinámica se mantiene y su punto culminante, hasta el momento, lo muestra la guerra establecida en Morazán, que seguramente se ha convertido en el inicio de la caída física de la Junta. En efecto, el ataque a Morazán, donde se empleó como mínimo a 10 mil soldados y todo el equipo sofisticado necesario para una guerra, no tuvo los resultados esperados por la Junta. Morazán no pudo ser tomado por el ejército. El cerco-yunque establecido por los militares fue roto en toda la línea y aunque esto no significa una derrota total del ejército —aún se está lejos de ello— fue una prueba central de lo que puede suceder en una confrontación global del aparato represivo con las masas armadas y sus ejércitos revolucionarios.

El ascenso también se manifiesta en la constitución del FMLN, en tanto que es el organismo que abre el proceso de fusión real de todas las organizaciones bajo una sola estrategia, táctica y política para la toma del poder. Este organismo es indudablemente una importantísima victoria para las masas que así se aproximan a una unidad total.

En estas condiciones, la decisión planteada por la Dirección Ampliada de la Resistencia Nacional de solicitar a la DRU su incorporación al FMLN, es no sólo una corrección sumamente importante de la RN, sino una muestra del ascenso del proceso revolucionario, que, como antes de la salida de la RN, vuelve a señalar su extraordinaria potencialidad de agrupación de diversos sectores en torno a un proyecto revolucionario. Esta potencialidad y capacidad del proceso se manifiesta, no nada más ahora, sino desde la conformación del Frente Democrático Revolucionario que aglutina a los sectores democráticos y revolucionarios salvadoreños, en un frente



para la revolución bajo un programa, que en las condiciones salvadoreñas, no puede sino culminar en la apertura de un proceso de transición al socialismo.

El carácter de la revolución salvadoreña

Esta revolución no puede ser más clara en cuanto a su carácter, que podemos resumir en una cita de un documento del PRS: "al hacer un balance de las contradicciones internas, podemos desprender los siguientes aspectos en el carácter de la revolución salvadoreña":

Al luchar por sus intereses vitales, el proletariado y subproletariado del campo y la ciudad tienen que enfilarse sus ataques contra su principal enemigo, la clase dominante más poderosa, la oligarquía financiera, y contra su política de dominación fascista.

La derrota de la dominación fascista y los planes económicos de la oligarquía financiera, se vuelven en estos momentos la lucha principal para las masas proletarias. Por eso la revolución adquiere su carácter anti-oligárquico y antifascista.

Sin embargo, este es, sólo el principio indetenible de la revolución proletaria en el país, ya que las sucesivas modalidades de aprovechamiento de la renta diferencial y las limitaciones mismas de la expansión de dicha renta, han agotado históricamente los "impulsos" exclusivamente rentísticos y los "impulsos" combinados de la banca, la industria y las finanzas capitalistas con el apoyo del capital extranjero. Sólo una alternativa no capitalista puede responder a las actuales exigencias históricas. Para esto, la

historia plantea con redoblada fuerza la exigencia de la irrupción violenta de las masas en ella para tomar en sus manos, de manera definitiva, su destino. Esta revolución social sólo puede desembocar en una revolución proletaria que en un proceso de construcción socialista resuelva, a la vez, los fracasos históricos del capitalismo dependiente.

Hemos visto así, los aspectos internos que dan el carácter a la revolución socialista en El Salvador, sin embargo, el análisis estaría incompleto, si no se contemplaran los aspectos externos que determinan la revolución socialista. En este sentido es necesario determinar el tipo de relaciones que mantienen los vínculos entre la sociedad salvadoreña y el capitalismo a nivel mundial (. . .) Pero la revolución socialista salvadoreña enfrentará inevitablemente, de una u otra forma la agresión imperialista para derrotarla, esto ya se ha hecho evidente en todos los países del continente en que la lucha popular amenazaba con avanzar más allá de los intereses imperialistas (quizás la insurrección de 1932 en El Salvador sea la única excepción, al menos de los casos conocidos). Esto da a la revolución su necesario carácter de Revolución de Liberación, que se vuelve un aspecto de la revolución proletaria en El Salvador.

Son estas las características que se conjugan en el proceso de la revolución salvadoreña: antioligárquica, anticapitalista y antimperialista.⁶

Esta concepción del carácter de la revolución salvadoreña se ha legitimado históricamente, no porque esté en negro sobre blanco, sino porque se ha enraizado en las masas trabajadoras y en su vanguardia, porque ésta última es plenamente consciente y guía sus pasos a partir de esta concepción. Con ello, las concepciones de revolución por etapas, de la necesidad de una etapa "democrático burguesa", de "desarrollo nacional" o de "desmantelamiento del Estado Oligárquico", han sido superadas en toda su magnitud.

En ese sentido, la revolución salvadoreña vuelve a plantear de manera viva el carácter de la revolución en los países coloniales y semicoloniales, en tanto proceso ininterrumpido o permanente que liga las demandas democráticas y vitales de los trabajadores y las tareas socialistas, sobre la base de las limitaciones históricas del capitalismo, de las burguesías y la presencia del imperialismo que obligan a que la clase obrera y sus aliados tengan que tomar en sus manos la realización de tareas que le correspondían a la clase dominante, pero que fue incapaz de asumir. 🙌

⁶ PRS, *op. cit.* págs. 54, 55 y 56.